

LOS MADRILEÑOS

Director: Angel Pons.

Revista semanal.

Oficinas: San Bernardo, 106, pral. izq.

PERFILES MADRILEÑOS.



Ella.—¡Que si soy capaz! Yo soy capaz de todo, hasta de tirarme al estanque.
El.—¡No, por Dios! que aquí estoy yo..... para evitarlo.

PLATICAS

¡Si yo me atreviera á decir que estamos algo *decadentes* los españoles, qué peso se me quitaría de encima! Porque perdidos los romanticismos premonitorios, aquellos romanticismos febriles de la primera juventud, me quedan algunos todavía; los propios de la juventud segunda; los que son como la convalecencia de la apoplejía de ilusiones de que habló el poeta. Y estos idealismos de ahora me hacen casi llorar á ratos, sobre todo si pienso en la que llamo decadencia de nuestra nación...

Pero nada; no lo digo. Soy muy patriota para sacar á cuento las flaquezas de mi país. Y eso que bien mirado al hablar de España solo flaquezas pueden mostrarse, por que gorduras ¡Dios las dé!

Pero, en fin, con las cuartillas delante vencen siempre las preocupaciones, y como yo tengo hoy la de nuestro estado *decadente*, sin querer hablo de ello, y olvidándome de mi papel, declamo otro, escrito no en la prosa llana de los sucesos palpitantes, sino en el verso heroico con que se evocan las glorias perdidas y se cantan los triunfos no columbrados pero presentidos en el porvenir.

Y hablo de Peral, sin usar hipérbolos ni valerme de estrambóticos ditirambos.

Hablo del gran marino, del que trabaja, del que sabe muchas cosas que ignoramos la mayoría de sus compatriotas, del que tiene aspiraciones y no vencidas, sino aspiraciones grandes y magníficas.

El que le discute con razones le respeta; pero en cambio no le perdona el que le discute porque sí, de igual manera que si se tratase de un juguete cómico lírico en un acto y varios cuadros.

Y digo yo: un país donde puede pesar el criterio de ese eterno hablador que jamás leyó un libro, ni asistió á una cátedra, ni supo cosa de provecho ¿está ó no está en decadencia? ¡Vaya si lo está! Es una decadencia centrífuga y el centro se encuentra aquí en la corte, campo de maniobras de esos tales, que desdanan á Peral porque leyeron unos cuantos folletines y se rien á mandibular batiente de su invento por la

razón sencilla de que aún no les ha dado la consigna cualquiera de los escritores franceses que les suministran el pasto que rumian.

¿Qué son muy pequeñitos y muy insignificantes los parlanchines á que aludo? Y qué importa. Porque

INOCENCIA



—Así podré decir; dándome aires de maliciosa, que yo «ya he corrido mucho.»

son pequeños hacen más daño. El *bacillus virgula* solo con microscopio se vé y sus efectos son capaces de producir la muerte de millares de personas.

La desinfección progresa, pero ¿dónde está el ácido fénico que puede destruir los microbios de la estupidéz?

Porque los casos abundan.

No lo puedo remediar. Me puse serio y ya sé que lo tético no sienta bien en las columnas de Los MADRILES. Pido perdón por este desplante y recobro la animación perdida.

Y eso que para animaciones está el tiempo. Aquí salimos á epidemia

por estación. Un amigo mio dice que el año actual puede compararse á un emparedado. El invierno con la *grippe* y el verano con el cólera forman las dos paredes. Pero ¿y el jamón del centro? Ese no hay quien lo vea, ó mejor dicho quien lo coma.

Y no lo duden ustedes; el cólera es cosa tan segura como el debate político. Ambos invaden nuestro territorio; podrán durar más ó menos, producir mayor ó menor número de víctimas; pero son irremediables. Y no es lo malo que sean irremediables sino que repiten. El año 85 debates políticos y cólera. En el año 1890 cólera y debates políticos. La eterna sucesión de las desgracias repitiéndose en la historia. ¡Ah, y después de ellas vienen los específicos y los partidos nuevos! Hiel sobre hojuelas.

A pesar de todo la era feliz de las verbenas continúa. Hemos celebrado la de San Juan y para esta noche contamos con la de San Pedro. El consumo de buñuelos sigue mereciendo nuestra protección; sin embargo, resulta que hay siempre *existencias* almacenadas, porque los buñuelos abundan más que los consumidores. Pero convengamos en que las verbenas del Prado tienen un mérito especialísimo. Servir de piedra de toque para conocer el estado social de algunos novios. Las madres de ellas—las novias—aprovechan la coyuntura y se permiten despifarras en los puéstos de la verbena. Los amantes rumbosos pueden contar entonces con la benevolencia de las suegras en ciernes. Una especie de posibilismo que agrada mucho. Porque ¿quién que enamora á una chica cursí no aspira á ciertas posibilidades?

Ya no se celebran aquellas fiestas del Prado con tapadas, y galanes que en un dos por tres arrimaban á cualquier rival un volapié superior; ahora las chicas llevan su cara descubierta y en cuanto á los hombres no usan tizona.

No obstante, á veces llevan sable.

J. FRANCO RODRIGUEZ.



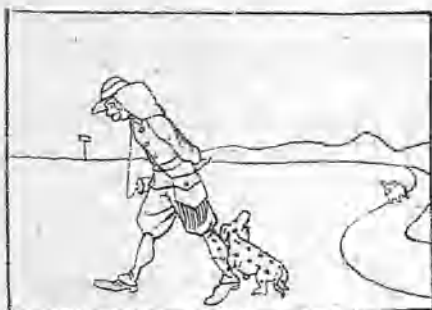
Dos cuerpos iguales destruyen un tercero.



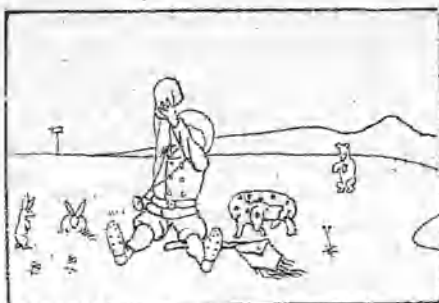
—¡Ea, qué caramba, un día es un día!
De caza.



Y que la mañanita esté para ellos!



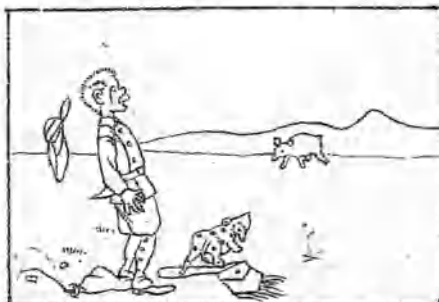
Pero yo creo que se me ha olvidado algo.



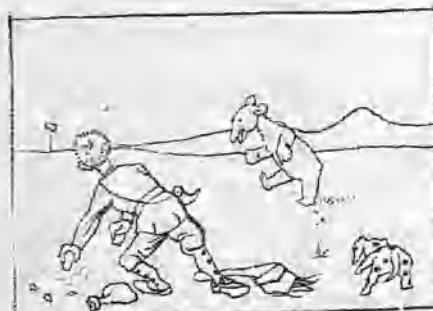
Indudablemente algo. Meditemos.



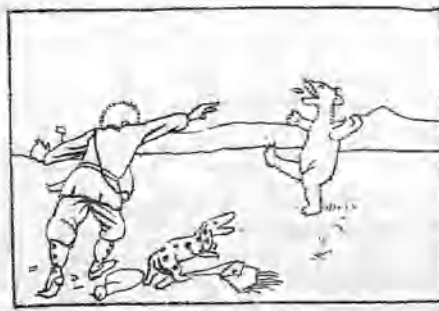
¡Ah, sí; la escopeta!



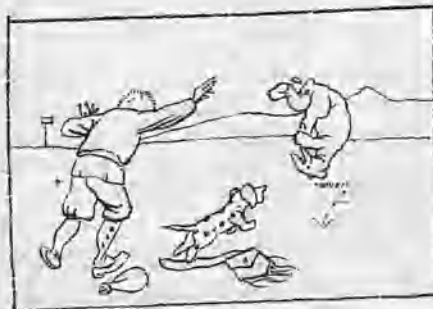
¡Contra, y aquello parece un oso! ¿Qué hacer?



—¡Oh suerte, pedernales!



¡Pun, por la boca!



¡Paf, al encuentro!



Y hé aquí el choque de los dos pedernales.

COMUNICADOS.

Es lo que algunos sujetos darían algo bueno por tener órganos y que los individuos que los tienen no los cederían por cuanto hay en el mundo.

Me refiero a los órganos de la prensa, de la publicidad.

Este afán de organización conduce a varias personas a situaciones lamentables.

Pero un órgano en la prensa es una base para cualquier empresa.

Un órgano es un órgano, por más que digan en contra los desorganizados.

Y con un órgano, y aun con un organillo, pueden ir a cualquier parte el político, el literato, el artista y el protector de los pobres y de las pobres, sobre colchones y ropas en buen uso.

Sobre un órgano en la prensa camina un ministro descansadamente.

Reconocida la utilidad de los órganos, nada tiene de extraño que las personas que no puedan disponer de ellos constantemente, procuren hacerlo de cuando en cuando, aunque sea a costa de sacrificios.

De aquí los comunicados.

Hay quien viviría en perpétua comunicación con el público, si esta fuera gratuita.

Lo primero que ocurre a un individuo a quien desahucian el casero, por faltas de pago, ó la novia por cualesquiera otras faltas, ó el profesor que le examina, ó que sufre persecuciones por la justicia, histórica ó novelesca, es «ponerlo en los periódicos.»

Personas generosas que quisieran «ponerlo todo en los periódicos.» Ya no falta mucho.

Porque en los periódicos todo «se pone», bien en la plana de anuncios ó bien en la de reclamos.

En esto de reclamos se ha afinado el gusto.

Los hay de perdiz, de codorniz, de borrego y de otros animales, más ó menos útiles.

Para el común de las gentes un periódico es un buzón, donde cada cual deposita sus quejas; ó un fonógrafo que repite las alabanzas que se propina cada individuo de la especie humana sin merecerlo.

Y uno dice:

—Ha dado a luz mi señora un precioso infante.

—Póngalo usted en los papeles,—le aconseja algún vecino.

—Mi niña ha ganado curso en Cantón,—publica otro ciudadano.

—¿La tiene usted en China estudiando?

—Nó, hombre; una criaturita de cinco años que ya ha pasado de la cartilla; no creo que es torpe.

—Al contrario, es una precocidad que debe publicarse en la prensa y aun en la tribuna.

—Mire usted—me descubría una noche en la redacción de un periódico, un sujeto que iba á denunciar un abuso, según decía:—Yo soy un hombre honrado, ¿sabe usted?

—No lo sé, pero basta que usted lo diga,—le contesté.

—Que bebo alguna vez! No lo niego, es verdad.

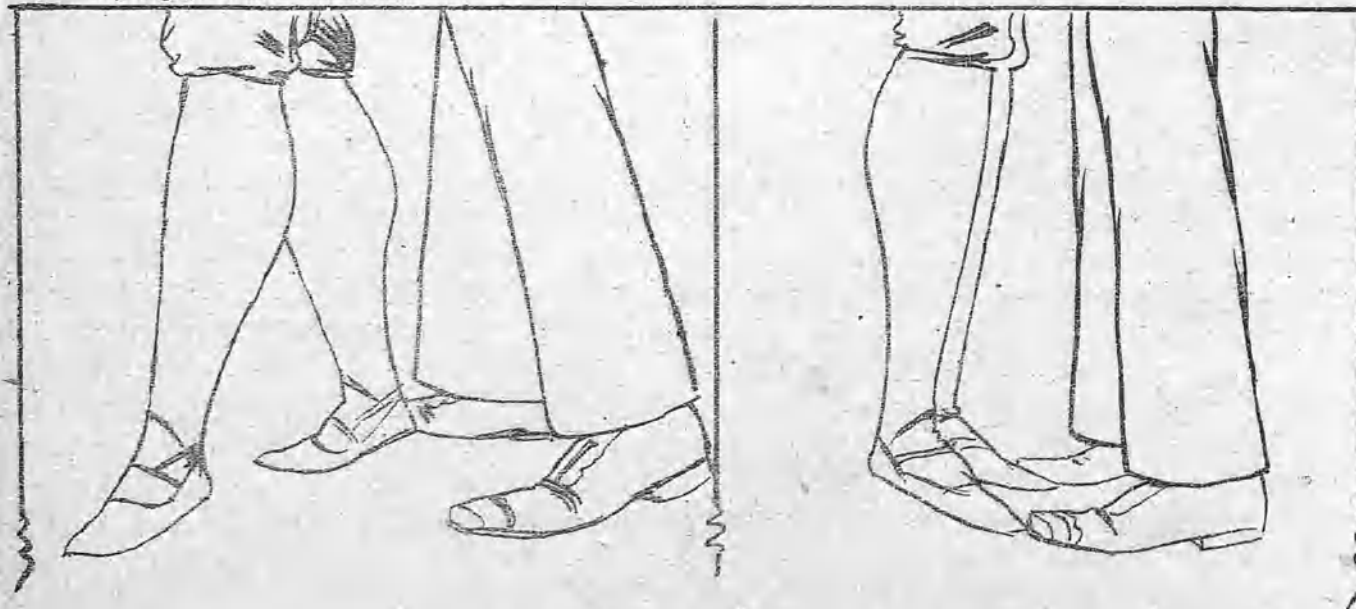
—No necesita usted decirlo.

—Gracias.

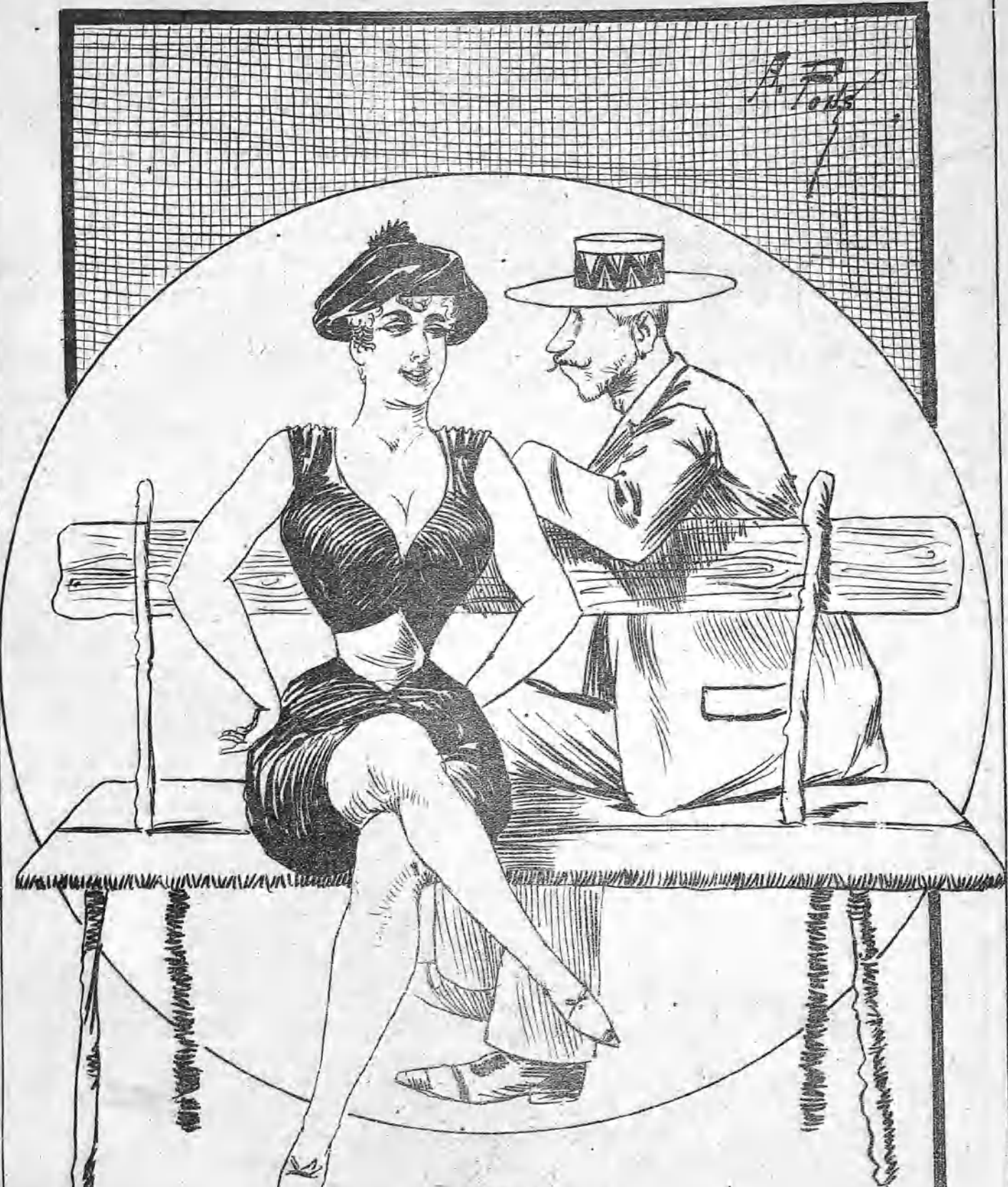
¡PLAYA, PLAYA!



—¿También este año te ha traído el subsecretario? Vienes por cuenta del Estado.
—No; vengo por razón de mi estado.



UN IDILIO EN LA ARENA.



DEL HORTERA CLUB.

—Es que si usted aceptara mi cariño nadie comería en Madrid garbanzos mejores y más baratos.



—Chica, estamos llamando la atención.
—Naturalmente, ¡tienes una manera de brincar!

—Usted mande.
—Pues bien,—continuó, después de este pugilato de finura y cortesía:—yo soy como creo que usted será, un *Huevero* de bien, ¿sabe usted? Quiere decirse, que si cae, pongo por caso, una vejiga con aceite ó unos kilos de jamón natural, ó unos solomillos, ó una bota con vino, ó cualquier otra friolera... pues los paso por alto, si puedo, ¿sabe usted?

—Usted lo dice.
—Eso de pasar por alto viene de la tauromaquia; si arrastra usted el trapo, humillan los de consumos y voltean al que se confía y se mete de primo.

—¿Pero usted qué quiere? le pregunté.
—Pues que digan ustedes algo contra el personal de consumos, que eso es una vergüenza, que á mí me apalearon anoche, y ya usted ve como estoy de resultados.

Cayéndose el infeliz, pero de «curda reconcentrada.»
Pero en el género de exhibiciones lo más notable es el comunicado.

Una vez es un reclamo, así como la muestra:

«Señor Director del periódico:
«En cumplimiento de un deber de conciencia dirijo á usted estas líneas espontáneamente, por sí quiere honrarme con la inserción en el periódico de su dirección que tan dignamente dirige.

«Postrado en el lecho del dolor y manco durante dos años, cesante ídem, y con una familia compuesta de cuatro personas y doce niños, unos menores que otros, tomé á la desesperada las cápsulas de *Lipendi*.
«Cuatro días después empezaba á notar la mayoría: á los dos meses me había brotado la mano.»

(Como á los cangrejos de mar.)
«Sería un ingrato si no declarase que todo cuanto soy, cuanto tengo se lo debo á *Lipendi*, y tengo mujer y doce hijos, como queda apuntado, y nunca podré olvidar tantos beneficios.»

Otro declara también en comunicado:

«Que el verdadero fabricante de palillos para las dentaduras de *ceñebro* es él.»

A lo cual contesta igualmente por medio de comunicado el aludido:

«Señor Director... Con verdadero disgusto he leído en su apreciable colega, que tan dignamente rije, un comunicado de don Fulano de Tal, que dicho con la mayor cultura, y procurando no salirme de las formas corteses de la prensa, es un sinvergüenza como hay muchos, y si fuera hombre ya hubiera acudido al campo del honor, para entenderse con dos amigos á quienes comisioné para este fin.»

El aludido replica en otro comunicado, también muy cortés:

«Me estraña que un presidiario como don N. N. tenga valor para dirigirse al público.

«¿No recuerda ya ese miserable cuando le entregué á la pareja, después de desbaratarle la cara á *bofetadas*?»

Este género aumenta el interés de los periódicos y divierte á los lectores, instruyéndoles de pasada.

El comunicado, generalmente, es el alquiler de una parte del periódico para usos posteriores.

EDUARDO DE PALACIO.

LO ÚNICO QUE NOS FALTABA.

No hay de fijo en todo el mundo nación más feliz que España, ni vida tan divertida, tan tranquila, tan variada, como la vida que usamos aquí, para andar por casa. Y aun hay ingratos que emigran buscando en tierras estrañas no sé lo que... pues lo cierto es que aquí nada nos falta, y gracias á Dios de todo tenemos en abundancia.
¿Queremos *anque*? Pues *anque*.
¿Queremos *latas*? Pues *latas*.
¿Envidiamos á Gabriela? Pues ahí tenemos á Claudia y á la Higinia, que son dos personas de mucha gracia.
¿Nos hace falta dinero? Pues en el Banco de España están las cuevas repletas y diariamente, en la Casa de la Moneda, se acuña el oro por toneladas...
¿Diversiones? No se diga: romerías, cosmoramas,



—Y este oso ¿lo ha cazado usted vivo ó muerto?



—Hoy si que está bien representado el sexo fuerte. ¡Estoy yo!

farolitos de colores, *carroussis*, toros, regatas, globos hechos de políticos á figura y semejanza, que como muchos políticos por elevarse se afanan y no logran conseguirlo y de los anulos no pasan.
¿Toreros? Tenemos tantos que hasta exportamos á Francia, y con otra ortografía mandamos también las *actas*, para solaz y recreo de *mistures* y *madamas*.
¿Pues y actores? No se diga.
¿Pues y escritores? ¡Ya escampa! No pasa una sola noche sin que uno nuevo no salga con alguna piececilla de las que el público traga, aunque unas pecan de insípidas y muchas pican que rabian, siendo, salvo excepciones, sobresalientes por malas.
¿Oradores? El que quiera de oradores una carga, puede hacerlo en el Senado, en el Congreso, en las plazas de Santa Cruz y Mayor por la tarde y la mañana, al fin de cada banquete, en los cafés, en las *cascas*, en todas partes se encuentran poco menos que por nada, no cientos, sino millones de glorias parlamentarias.
¿De qué, pues, necesitamos en esta dichosa España? Si sobran contribuciones, sobran maestros sin paga, sobran obreros hambrientos, sobran personas honradas, (Por más que hace mucho tiempo que no parece la capa).
¿De qué, pues, necesitamos?... Sólo una cosa faltaba para completar el cuadro de alegría y dicha tanta, y esa cosa ya ha venido desde la Mesopotamia y ya tenemos el *oñera* avecinado en España que viene á darnos magnánimo lo único que nos faltaba.

VENTURA MAYORCA.

EL GENERAL

¡Pobre viejo!
Cuantas veces nos hemos burlado de su grotesca figura, cuando paseando imperté-

rilo á todo lo largo de la clase, vigilaba para que no abandonásemos nuestros estudios, ni nos permitiéramos la más pequeña travesura, la distracción más inocente.

Era severo, el endablado pasante, tan severo como feo, y eso que como fealdad, la suya era muy recomendable.

Figúrense mis lectores un señor gordiflón, pequeño, con una nariz incommensurable, roja y torcida, unos ojos azules, redondos, que parecían querer escaparse de las órbitas, y coronando la monumental nariz, una frente baja, rugosa, unas cejas con honores de cepillo de limpia botas, y un bigotazo gris, sucio, que á pesar de sus dimensiones no le graba disimular la fealdad del labio inferior, que demasiado caído, dejaba al descubierto un soberbio juego de fichas de dominó, desgastadas por el uso, y ennegrecidas por el humo del tabaco. Su voz era grave y seca, y su frase dura y breve, tenía algo del acento del militar acostumbrado al mando.

A esta cualidad debía el sobrenombre de *general*, con que le saludábamos todos en el colegio, á pesar de que el pobre viejo no solo no había servido en el ejército, si no, y esto es lo más probable, no había servido en el mundo para maldita de Dios la cosa.

Cuando yo le perdí de vista, terminados mis estudios, era ya un hombre de más de cincuenta años.

Hacé poco tiempo le encontré casualmente en la calle. Conservaba la misma apostura, el mismo gesto; pero qué achacoso, y cuán envejecido! El pobre pasante, parecía ya un octogenario.

Qué miseria tan espantosa revelaba su pabrísimo traje, su calzado inverosímil, su sombrero más inverosímil todavía!

Sentí una profunda compasión al verle en aquel estado, y temiendo humillarle si le daba una limosna, traté de hacerme el distraído; pero él me vio, me conoció, y me abocó inmediatamente.

Al acercarse debió notar en mi rostro la conmiseración que me inspiraba, porque acercándose á mi oído, me dijo con voz muy baja y sonriendo:

—No me compadezca, soy el hombre más dichoso de la tierra.

No le contesté más que con un gesto de asombro, y él continuó:

—Sí, ando un poquillo estropeado... mi guardarropa no está muy provisto que digamos, pero á pasar de todo, te repito que hoy me siento completamente feliz.

Creí que el pobre viejo había perdido la razón.

Apoyose familiarmente en mi brazo, y fijando en mí la mirada de sus ojos saltones, continuó:

—Aprovecha la ocasión de haberte encontrado para hacerme mis confidencias. Yo necesitaba contar á alguien mis alegrías, y á

nadie mejor que á tí, que siempre me has querido y respetado. ¿No es verdad que aún te acuerdas con placer del viejo pasante?

Le aseguré que era para mí una felicidad el haberle encontrado, y alentado por mi benevolencia, siguió hablando de este modo:

—Sí, hijo mío. La vida es una cosa muy triste, muy amarga; pero afortunadamente tengo sus compensaciones. Aquí me tienes, dispuesto á salir del estado miserable en que vengo vejatando hace cerca de veinte años. Voy á terminar tranquilamente lo que me resta de vida. No es que vaya á ser rico, eso no, pero tendré un bienestar modesto y apacible. ¡A mi edad se contenta uno con tan poca cosa! Tú no sabes cuán espantosa era mi situación cuando estaba de pasante en el colegio. Abstraído en sus estudios no pudiste fijarte en la sombra desesperación que me devoraba el alma, ni viste nunca una lágrima rebelde escaparse, á pasar mío, de mis ojos...

Emocionado por aquellos recuerdos, limpijese con el revés de la mano los enrojecidos párpados, y prosiguió su narración.

—Todos creéis que yo era un viejo militar. Sin embargo no había servido en las filas del ejército, y nadie, ni aun el Director del Colegio, sabía una palabra de mi historia.

¡Ah! Yo entré en aquella casa, loco, desesperado. Algunos años antes ocupaba una hermosa posición, y me había visto halagado, festejado...

—¿Usted?...

—Yo, yo mismo! Había soñado con la gloria, y quizás la hubiese conquistado á no ser por la espantosa catástrofe que envenenó mi existencia, y nubló para siempre mi porvenir.

Otra lágrima, otro limpijón con el revés de la mano, y después de lanzar un quejumbroso suspiro, otra continuación de aquella historia, que á decir verdad no me interesaba gran cosa.

—Yo era bajo de una compañía de zarzuela. Tenía una voz potente y bien timbrada, y desde mi salida del Conservatorio, caminaba de triunfo en triunfo por los escenarios de los teatrillos de segundo orden, esperando el gran día de mi debut, en un teatro de la capital.

—Una mujer—la mía—rompió bruscamente el encanto de aquella dicha soñada, de aquella esperanza que era mi felicidad. ¡La historia eterna! El amor desbaratando los planes mejor combinados, los cálculos mejor hechos. Éramos jóvenes, nos quisimos entrañablemente, y me casé. La hice mi esposa legítima, y descuidé mi porvenir sobre la escena. ¡Cuán hermosa era! Pareceme que aun la veo en aquella edad dichosa, en que uno está loco de amor y esta locura es la más dulce de las locuras. Su cabeza era la de una Virgen de Murillo; su cuerpo una estatua griega; su voz un torrente de armonía. Cantaba sin método, sin ninguna pretensión; su educación musical había sido algo descuidada, pero yo la oía embelesado...

—A mí me iba sucediendo ya todo lo contrario.

—¿Y feliz? ¡Oh! fiel á toda prueba... hasta que un día... ¡pobrecilla! No tuvo ella la culpa... la naturaleza la había dotado de una cabeza loca, pero el corazón era bueno, bueno y sólido. Yo esperaba pasar la vida tranquilamente á su lado, rodando siempre por los coliseos de menor cuantía, pero una mañana... ¡No la olvidaré jamás! Una mañana me llamó á su cuarto, y me dijo:—«Pobre amigo mío ¡estoy no pueda continuar así! Debo decirte la verdad, por sensible que me sea el hacerte esta confesión. Ya no te quiero... estoy enamorada del segundo apunte de la Compañía, y esta noche me marcho con él.» ¿Que había yo de contestar? La pobrecilla era noble y franca después de todo. Me eché á llorar y dejé que se marchara tranquilamente. Yo hubiera podido matarla, ó matarme yo... pero me pareció demasiado enérgico el remedio; me resigné y procuré correr un espeso velo sobre mi pasada dicha. Pero la situación era espantosa. ¡No ser amado! ¡No hay cosa tan horrible en el mundo!

Volvió á suspirar vidiosamente.

—No he tratado de consolarme buscando un nuevo amor. ¿Para qué? En el fondo de mi alma sentía una profunda piedad por la culpable, y casi la perdonaba. ¡Es que la



—Pero ¿se va usted á bañar con chistera?
—Sí, señor, porque como en las carnes no se conoce la educación que uno ha recibido...

amaba todavía! Ya adivinaréis el resto de la historia. Abandoné el teatro, y rodé por la más fatal de las pendientes. Me hice pasante, para ver si pasaba mejor la amargura de la existencia; todo inútil. Pasó lo que yo esperaba, y hoy viejo, maltrecho, destrozado solo me resta escoger el asilo benéfico donde acabar mis días.

—¿Pero no me ha dicho usted que había encontrado por fin la tranquilidad, y que era casi feliz?

—¡Ah! Sí ¡es verdad! ¡que cabeza la mía! Me olvidaba lo más principal. ¡Ayer encontré á mi mujer! ¡Qué vieja y que fea está la pobrecilla! Dijo que me buscaba hace más de un año, que no puede vivir sin mí, y que está muy arrepentida de su calaverada...

—¿Su calaverada!

—Parece que ha realizado algunos ahorros y quiere que nos comamos juntos esos cuartitos.

—Y usted!...

—La dignidad me aconseja rechazar su oferta... pero su amor, que aun no he podido deserrar de mi alma, y estos pantalones tan rotos me empujan al abandonado hogar y...

Volvió á suspirar y á secarse otra lágrima... me apreté convulsivamente la mano, balbuceé un «adiós» que era todo un poema... y se marchó tranquilamente en busca de su mujer.

¡Pobre General!
FRANCISCO EUNE.
Por la traducción.
E. NAVARRO GONZALVO.

Un libro más.—Colección de poesías de Alfonso Tobar. Cien páginas 4.50 pesetas en Madrid, 2 en provincias.

Una nota triste

Nuestro querido colaborador artístico Pedro de Rojas acaba de sufrir el dolor de ver morir á su hermano don Leopoldo, víctima de penosa enfermedad.

Acompañamos á nuestro compañero y á su distinguida familia en su justo dolor.

LOS MADRILES.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES.
Número corriente, 25 céntos. Atrásado 50.
Madrid y provincias: Un año, 8 pías.
Seis meses, 5.
Extranjero: Año, 13 pías.
Se publica los sábados. PAGO ANUCLANADO.
Se suscribe en la Administración y principales librerías.



—¿Que quería decirle con eso de que tienes cosas muy naturales?
—Que no son de legítimo matrimonio.

CARICATURAS CONTEMPORANEAS.



CONSTANTINO GIL.